

## GABRIELA

--

Al Dr. Francisco Montes de Oca.

## I

Sin más testigo que el sol,  
que su luz al mundo roba,  
está Gabriela en la playa  
con su pensamiento á solas.  
El mar con débil murmullo  
sobre la arena rebosa  
y las plantas de Gabriela  
casi lame y casi moja.  
Inquieta vuelve los ojos  
á todos lados, y llora:  
al fin se detiene inmóvil;  
ya sonrie, ya solloza;

sobre el seno palpitante  
 la gentil cabeza dobla;  
 sus brazos cuelgan; las manos  
 entreteje una con otra,  
 y vaga, sin que se fije  
 ni en el cielo ni en las olas,  
 entre las olas y el cielo,  
 su mirada melancólica;  
 su suelto cabello agita  
 la brisa murmuradora,  
 y entre sus hebras de oro  
 prendida lleva una rosa.  
 Cerca de ella está amarrada  
 una barca pescadora,  
 y entre los médanos áridos  
 que el huracán amontona,  
 de una humilde ranchería  
 se ven las modestas chozas  
 y el vetusto campanario  
 de una capilla católica,  
 con una sola campana,  
 con una campana sola,  
 que en aquel instante mismo  
 á las oraciones toca.

## II

El corazón se estremece  
 de Gabriela. . . . ¡Ya es la hora!

Ya no ha de tardar su Félix.  
 Al fin su Félix asoma:  
 Félix llega triste y pálido,  
 algo tiene, algo le enoja;  
 le da su mano, y su mano  
 está fría y temblorosa.  
 Ya no tiene como en ántes  
 la mirada halagadora;  
 parece que tiene miedo,  
 parece que se abochorna,  
 parece, cuando se acerca  
 á la niña encantadora,  
 que una oculta voz le dice:  
 «¡Por qué, Félix, la traicionas?»

## III

—Félix,—murmura Gabriela.—  
 Y era su voz melodiosa  
 como suspiro del aura,  
 como arrullo de paloma.  
 —Félix, amor de mi vida,  
 te he esperado muchas horas,  
 muchas. . . ¡Ingrato! . . . Y no has ido!  
 ¡Como te aguardaba ansiosa  
 en mi ventana! ¡No sabes  
 lo que mi pecho te adora?  
 ¡En qué estás pensando, Félix?  
 Dime. . . . ¡Por qué me abandonas?

¡Es verdad cuanto me han dicho?  
 ¡Á otra quieres? ¡Amas á otra?  
 ¡Que hablar con ella te vieron?  
 ¡Que en el templo la enamoras?  
 ¡Que á todas partes la sigues  
 y que de noche la rondas,  
 y que suspiras enfrente  
 de su reja silenciosa?  
 ¡No te he visto en siete noches!  
 ¡Aquí están las siete rosas  
 que conmigo te aguardaron!  
 ¡Que te cuenten mi congoja!  
 ¡Las quieres? Mira éstas, mustias,  
 marchitas y sin aroma.  
 Mira ésta, que áun tiene vida.  
 Aquí tienes la de ahora.  
 Si me amas como otro tiempo,  
 dale un beso en la corola.  
 Si es verdad lo que me han dicho,  
 entónces, Félix . . . ¡Deshójala!—  
 Félix de la bella mano  
 de la niña la flor toma,  
 y los pétalos arranca  
 y en la arena los arroja.  
 —Más tiempo no he de engañarte,  
 pobre Gabriela, perdona;  
 que para esta misma noche  
 concertada está mi boda.—  
 Dice el infame . . . Se aleja . . .  
 Y quedó Grabiela atónita,  
 fija la vista en la arena,  
 fija la vista en las hojas.

¡Siente que le falta vida,  
 que su razon se trastorna,  
 que todo en torno se mueve,  
 que se cae, que se ahoga!

## IV

¡Fantasmas de oro y de nieve  
 que poblásteis su memoria,  
 huid y desvaneceros  
 como la luz en la sombra!  
 Soñando estaba despierta;  
 ya no sueña . . . ¡Qué espantosa  
 pesadilla entre sus lazos  
 su alma mísera aprisiona!  
 Gabriela . . . ¡Infeliz Gabriela!  
 ¡Ya es tarde, vuelve á tu choza,  
 que en ella velan tus padres,  
 que en ella tus padres lloran!

## V

¡Ay! . . . Permanece en la playa  
 inmóvil y silenciosa . . .

Para ella el mundo es la tumba.  
 ¡Y ella está en la tumba, sola!  
 Nada mira, nada escucha,  
 la razón perdida, loca,  
 vagabundas las ideas  
 en torno á su mente flotan,  
 como ráfagas brillantes  
 de luz en cavernas hondas,  
 como de una arpa lejana  
 las inarmónicas notas.  
 ¡Estrellas de un cielo puro  
 que su luz pálida agotan,  
 roncós gemidos de muerte  
 entre cánticos de gloria!  
 No ha visto en el horizonte  
 una parda nube torva,  
 que extiende sus negras alas  
 y el diáfano espacio entolda.  
 Se figura que ha caído  
 de su frente una corona;  
 que son pedazos de su alma  
 aquellas hojas de rosa;  
 que está escrito en cada una  
 un libro entero, una historia  
 de malogrados afectos;  
 de esperanzas ilusorias;  
 que allí están sus alegrías,  
 sus juveniles zozobras,  
 las lágrimas de sus ojos,  
 las sonrisas de su boca.

## VI

Se le figura el nublado  
 ancha sábana mortuoria  
 y la luz de los relámpagos  
 las sepulcrales antorchas. . . . .  
 . . . . .  
 Rápida, como impulsada  
 por atracción misteriosa,  
 dirige el paso añhelante  
 á la barca pescadora.  
 Entra en ella, en los abismos  
 el timón y el remo arroja,  
 y desamarrando el cable  
 que le sujeta á una argolla,  
 entrega el débil madero  
 al hondo mar que le azota,  
 y el huracán lo arrebató  
 entre el fragor de las olas.

Lo que pasó aquella noche  
 larga, negra y tempestuosa,

entre el abismo del cielo  
y el abismo de las ondas,  
Dios lo sabe. — ¡ Al otro día  
vieron una barca rota,  
y el cadáver de Gabriela  
junto á un peñon de la costa!

1879

## GIL

—

A mi hermano Pedro.

### I

Oye, Gil . . . . Esposo mio—  
Teresa con voz confusa  
dice, ahogando los sollozos  
que su aliento débil truncan.  
— No salgas, Gil, esta noche  
que es de mi vida la última,  
y cuando llore la niña  
que está durmiendo en la cuna,  
yo no podré levantarme  
á consolar su amargura.  
Si tú no estás en la casa  
¿quien su blando sueño arrulla?

Gil como siempre á la pobre  
 Teresa abstraído escucha,  
 y por sus trémulos labios  
 vaga una sonrisa estúpida.  
 Gil, otro tiempo tan bueno,  
 al torpe vicio tributa  
 la adoracion insensata  
 que su noble instinto turba.  
 Duerme cuando el sol ardiente  
 la ciudad y el campo alumbra;  
 y cuando tiende la noche  
 su negra sombra confusa,  
 en el garito, en la orgía  
 va á arrastrar su vida oscura,  
 ó de vil ramera en brazos  
 placer satánico busca.

## II

¡Qué valieron de Teresa  
 la esplendorosa hermosura,  
 halagos, ruegos, suspiros,  
 y lágrimas y ternuras?  
 Indómitas, las pasiones,  
 como encadenadas furias,  
 en el pecho se desatan  
 del mancebo, y en él triunfan,

Torpe amistad y menguada  
 su ardor juvenil azuza,  
 y mil seductores goces  
 su edad temprana deslumbran

## III

Robó el dolor á Teresa  
 su esplendorosa hermosura:  
 las rosas de sus mejillas  
 están pálidas y mustias.  
 La miseria pavorosa  
 su alma sensible atribula,  
 y en su insaciable vorágine  
 sus alegrías sepulta.  
 —Oye, Gil, con voz más triste  
 y más lenta continúa,  
 jamás partió de mis labios  
 ni un reproche, ni una injuria;  
 agotaste tus caudales  
 agotaste mi fortuna,  
 tus caudales eran tuyos,  
 y mi fortuna era tuya.  
 Destrozaste el pecho mio,  
 sus ilusiones más puras  
 rodaron bajo el imperio  
 de tus traiciones injustas;

haciste bien, bien hiciste,  
 que mi pobre vida es única,  
 y yo al pié de los altares  
 te dí mi vida . . . Era tuya.  
 Mas la preciosa existencia  
 de esa angélica criatura  
 tus cariños necesita,  
 y necesita tu ayuda.  
 ¡No salgas, Gil, no me dejes  
 sola con mi horrible angustia  
 en esta noche tan triste  
 que es de mi existencia la última!  
 Gil por única respuesta  
 su negro bigote atusa,  
 se cala el ancho sombrero,  
 y al decirle con voz ruda  
 "todas las noches la misma  
 canción y la misma súplica,  
 y nunca acaba de abrirse  
 para tí la sepultura",  
 soltando una carcajada  
 de horrible sangrienta burla,  
 se salió dejando sola  
 con Dios á la moribunda.

## IV

Está ya Gil en la calle:  
 de pronto mira una turba

salir del templo y se pára  
 de un farol en la penumbra.  
 De gentes alegres todas  
 entre multitud confusa,  
 se ven dos novios, que acaban  
 de doblar á la coyunda  
 de himeneo, el cuello dócil  
 al placer que los adula.  
 Él con lujoso vestido,  
 ella con lujosa túnica  
 coronada de azahares  
 blancos como nieve pura...  
 Y siente Gil que la sangre  
 en sus venas no circula  
 y en tropel en su cerebro  
 mil ideas se acumulan:  
 recuerda la alegre noche  
 en que á la luz de la luna  
 salió de aquel mismo templo  
 entre mil alegres turbas,  
 con su Teresa del brazo,  
 flor que el ambiente perfuma,  
 de felicidad radiante  
 y radiante de hermosa;  
 recuerda cuando en el atrio  
 amor eterno le jura;  
 recuerda que él no ha cumplido  
 de sus promesas ninguna;  
 recuerda que en su pocilga  
 la ha dejado sola y mustia  
 tocando con mano fria  
 los dinteles de la tumba.

Agudos remordimientos  
 su pecho intranquilo punzan  
 y dirige á su morada  
 la débil planta insegura...  
 Él á su pobre Teresa  
 le vá á decir que no sufra,  
 que sus infamias perdone,  
 que dé al olvido sus culpas.  
 Y embebido en esta idea,  
 temblando el paso apresura,  
 porque algo teme, algo teme  
 que de horror su mente nubla.

## V

—¡Teresa! . . . ¡Teresa!—Grita,  
 y entra en la estancia que alumbra  
 una miserable lámpara  
 que en aquel momento ondula  
 su débil llama, rastrea  
 en torno y lanzando algunas  
 tristes ráfagas, se apaga  
 dejándolo todo á oscuras.  
 Gil se detiene y vacila  
 presa da horrible pavora,  
 Esa lámpara que muere,  
 ¿que de espantoso le anuncia?

Teresa... Grita de nuevo.  
 —Teresa mia ¿estas muda?  
 Soy Gil que viene á quedarse.  
 ¿Donde hay luz?—Á tientas busca  
 un viejo velon, lo encuentra,  
 lo enciende y la estancia alumbra,  
 y alumbra el lecho y arroja  
 un grito de espanto y duda.  
 Teresa ¿está desmayada?  
 ¿El sueño acaso la abruma?  
 —Teresa...Grita...;Teresa!  
 ¿Me perdonas? ¿No me escuchas?  
 Le toca el pecho y no late,  
 toca su arteria y no pulsa:  
 en aquella estancia reina  
 la paz de las sepulturas.  
 Toma Gil las blancas manos  
 que acariciaron las suyas,  
 y en el copioso torrente  
 de su llanto las inunda!  
 Ve espantado aquellos ojos  
 y áun en las pestañas húmedas  
 mira pendiente una lágrima  
 de dolor y de amargura,  
 y á aquellos labios que un día  
 ostentaron roja púrpura,  
 y ahora tan sólo cubre  
 lívida y mortal blancura.  
 Pide una sola sonrisa . . .  
 Una sola frase . . . Una  
 palabra sola . . . ¡Una sola  
 de perdon!—¿Qué es lo que buscas?



Convulso, desatentado  
 arranca de su cintura  
 una hoja aguda y luciente,  
 que con fiera mano empuña;  
 mas cuando toca su pecho  
 la fría acerada punta,  
 se oye en la cuna un gemido  
 que el mortal silencio turba.  
 —Perdon Dios mio . . . Perdon,  
 Teresa.—El triste murmura . . .  
 Y suelta el hierro . . . Y llorando  
 se postra al pié de la cuna.

1879.

## EDUARDO.

A la memoria de Ricardo Gayosso.

### I

Sobre el azul de las ondas  
 está la barca velera,  
 está junto al muelle el bote,  
 está el pasajero en tierra . . .  
 Es Eduardo . . . En los amores  
 de su madre patria piensa,  
 y en otro amor más hermoso  
 en otra madre más tierna,  
 la que en sus nobles entrañas  
 alimentó su existencia,  
 la que su cuna mecía,  
 la que en la playa serena

de la vida, vió de léjos  
 en mar airada y revuelta,  
 la prenda de sus amores  
 juguete de la tormenta.  
 Es Eduardo . . . Muchos dias  
 lloró en la playa sus penas,  
 las injurias del destino,  
 los rigores de la ausencia.  
 Al fin sonrie, muy pronto  
 terminarán sus querellas,  
 que en el azul de las ondas  
 está la barca velera.

## II

Hay unos tristes amores,  
 hay una pasion inmensa,  
 hay un rival que en la sombra  
 mortal angustia alimenta.  
 La ponzoñosa serpiente  
 que se enrosca entre la niebla,  
 los celos, el negro monstruo  
 de la humanidad entera;  
 el que enciende en las pupilas  
 satánica luz siniestra;  
 el que fragua horribles dramas  
 siempre inquieto, siempre en vela;

el monstruo que cabe el lecho  
 mudo y sombrío se sienta,  
 y roba el sueño á los ojos,  
 y la ira desenfrena,  
 y azuzando al pensamiento  
 con la vigorosa espuela,  
 en el infierno del alma  
 á perecer nos condena . . . .  
 Él contra el seno de Eduardo  
 armó la terrible diestra,  
 él mató sus ilusiones,  
 sus esperanzas más bellas.  
 Cayó Eduardo en sangre tinto,  
 sobre la blanca ribera,  
 y al morir bañó la muerte  
 su semblante de tristeza . . . .  
 Sobre el azul de las ondas  
 quedó la barca velera,  
 quedó junto al muelle el bote,  
 quedó un cadáver en tierra.

## BOJORQUES

A Gonzalo A. Esteva.

## I

Está en su oscuro aposento  
Juan Bojórques de Vadillo,  
y está solo como siempre  
y como siempre sombrío.  
Se abre de pronto la puerta:  
con paso grave y tranquilo  
entra Violante, trayendo  
de la mano á sus dos hijos.  
Vestida de negro viene,  
triste el semblante, abatido;  
tristes, también y de negro  
vestidos vienen los niños.

## II

—¿Qué quieres? Hija. ¿Qué quieres?  
 —Me han dicho, señor, me han dicho  
 que á la noble madre mia  
 diste muerte en este sitio.  
 ¡No miente padre, quien toca  
 de la tumba el mármol frio,  
 y hoy ha muerto mi nodriza,  
 y ella al morir me lo dijo!—  
 Tembló el anciano Bojórques,  
 lanzó su pecho un rugido,  
 y sus demacradas manos  
 cubrieron su rostro lívido.  
 Del sitio en que se hallaba  
 como presa de un delirio,  
 se alzó violento, en el suelo  
 clavando los ojos fijos.  
 Miró á sus plantas abrirse  
 las entrañas de un abismo,  
 y del antro tenebroso  
 en el inmenso vacío,  
 desplegar sus leyes alas  
 un fantasma peregrino,  
 bella seductora imágen  
 de un ser amado y perdido:

oro las rubias guedejas  
 del cabello suelto en rizos,  
 el hechicero semblante  
 con la blancura del lirio,  
 cuajado el llanto en los ojos  
 como gotas de rocío.  
 Y en el seno palpitando  
 con los últimos latidos,  
 hasta el fondo, entre la sangre  
 que salta en copiosos hilos,  
 clavado por fiera mano  
 un implacable cuchillo.  
 Giró Bojórques en torno  
 los ojos despavoridos,  
 oyó murmurar su nombre  
 y un postrer mortal gemido,  
 y de Violante y sus nietos  
 huyendo y lanzando un grito,  
 cayó, convulso y demente,  
 á los piés de un crucifijo.

## III

Después de una breve pausa,  
 pausa que parece un siglo,  
 con acento cavernoso  
 murmuró entre dientes:—Idos—

— Guárdeos Dios, dice Violante,  
 guárdeos Dios en el castillo  
 que en orfandad dolorosa  
 fué de mi existencia abrigo.  
 Mas ni he de volver á veros,  
 ni á llevar vuestro apellido,  
 ni éstos mis hijos, señor,  
 ni los hijos de mis hijos.  
 Despues, de la oscura estancia  
 salió con paso tranquilo.  
 Y quedó muerto Bojórques  
 á los piés del crucifijo.

1880

## JAIME ACUÑA

A Francisco Zavala.

### I

Despues de muy larga ausencia  
 retorna á su casa Jaime,  
 y al penetrar en su estancia  
 se detiene un breve instante.  
 Allí unos brazos queridos  
 deben estar esperándole,  
 y unos purpurinos labios  
 que de amor sólo han de hablarle.  
 Y allí escuchar ha creído,  
 allí mismo, en los umbrales  
 de la puerta, los rumores  
 de dulces besos, y frases

de halagadoras promesas,  
y hablar oyó de un enlace  
en risueño paraíso  
de placeres inefables.  
Con mano crispada y trémula  
el endeble cancel abre,  
y entra y palidece y calla  
del asombro ante la imagen.  
Allí están, la esposa adúltera,  
Inés, su dueño, su arcángel;  
y Lope, su hermano Lope,  
de quien él ha sido padre.

## II

—¡Lope!.. ¡Inés!— Murmura, y mira  
aterrado á los amantes;  
los mira inmóviles, mudos,  
pálidos como cadáveres;  
sin calor frentes y lábios,  
sin latido el seno exángue,  
todo espanto la mirada,  
todo estupor el semblante.  
Jaime ruge, el hierro empuña  
y lo esgrime; mas no sabe,  
á quien matará primero....  
¡Porque es forzoso que mate!

Se acerca á Lope.... ¡Es su hermano!  
¡Carne de su misma carne!  
Se acerca á Inés.... ¡Es su alma!  
¡De sus propios hijos sangre!  
Se acerca á la una y al otro,  
entre el uno y la otra párase,  
y vuelve hácia ellos y de ellos  
torna airado á separarse.  
Jaime Acuña ¿estará loco?  
¿Qué va á hacer? ¿Qué es lo que hace?  
¿Con que es verdad lo que mira?  
¿Ellos son los miserables?  
Lope, á quien crió desde niño,  
¿así paga sus bondades?  
¿Así Inés destroza el nudo  
hecho al pié de los altares?  
¿Qué es el mundo, la existencia,  
sin un amor que la halague?  
¡El alma sin esperanzas  
sus ligaduras desate,  
déje en la tierra las flores  
que vió en el polvo secarse,  
y á otra región, á otra vida  
el espíritu se enlace!  
Jaime al cielo la mirada  
levanta ardiendo en coraje,  
balbute algunas palabras  
que de su pecho no salen,  
vuelve contra él la filosa  
punta, se la clava, y cae,  
y ensangrentado murmura:  
“Orad sobre mi cadáver”—

Un doble grito, espantoso,  
resuena, rasgando el aire,  
y en una vecina torre  
dan las doce en ese instante.

## III

De una desierta capilla  
bajo la sombría nave  
está una estatua yacente  
sobre un sepulcro de jaspe.  
Dicen que es de Jaime Acuña  
aquella estatua la imagen;  
clavado tiene en el seno  
un puñal mohoso de sangre,  
de sangre añeja, y murmuran  
vicarios y sacristanes,  
las gentes todas del pueblo,  
y lo afirma hasta el alcalde,  
que aquel puñal es el mismo  
con que Acuña logró darse  
airada muerte una noche;  
mas la causa, no la saben.

## IV

Se oye en la puerta del templo  
rechinar la enorme llave,

y en él penetra una dama  
vestida con negro traje.  
Hacia el sepulcro encamina  
sus pisadas desiguales  
y de hinojos se prosterna  
ante la estatua de Jaime.  
Clava en el rígido rostro  
la mirada agonizante,  
y una tras otra en el mármol  
sus tristes lágrimas caen.

Se oye en la puerta del templo  
rechinar la enorme llave,  
y envuelto en oscura capa  
entra un hombre con pié grave.  
Hacia el sepulcro encamina  
sus pisadas desiguales,  
y se detiene en silencio  
junto á la estatua de Jaime.  
Clava en el rígido rostro  
la mirada agonizante,  
y una tras otra en el mármol  
sus tristes lágrimas caen.

Los dos parece que miran  
 la helada estatua animarse,  
 que el duro mármol golpea  
 el corazon palpitante,  
 que aquellos ojos se encienden,  
 que aquellas arterias laten:  
 aún creen que les salpica  
 el rostro, la ardiente sangre,  
 y que los lívidos lábios  
 por la vez postrera se abren,  
 y ensangrentados murmuran:  
 "Orad sobre mi cadáver."  
 Y en la torre solitaria  
 dan las doce en ese instante,  
 y un doble grito espantoso  
 resuena, rasgando el aire.

## V

Hay gran tumulto en la Iglesia,  
 las gentes entran y salen,  
 todo el mundo se hace lenguas,  
 y es que el mundo nada sabe;

no sabe por qué motivo  
 los cuerpos helados yacen  
 de Doña Inés y Don Lope,  
 junto á la estatua de Jaime.

1879



## JUAN FARRIZ

—

A Joaquín Baranda.

## I

Apénas del sol ardiente  
entra un débil rayo de oro  
que alumbra el recinto estrecho,  
de un oscuro calabozo.  
Sobre un jergon, en el suelo,  
apoyando en él los codos,  
sobre los codos las manos,  
y entre las manos el rostro,  
está un anciano abatido  
por el dolor y el insomnio,  
la tez marchita y arada,  
secos y ardientes los ojos.

Allí la humana justicia  
 guardóle un año tras otro,  
 y allí vió correr los años  
 en cautiverio espantoso.  
 Diez lustros cumple aquel día,  
 y al tender la vista en torno,  
 no halla una amiga mirada,  
 ni un semblante cariñoso,  
 ¡Nadie . . . ! ¡Nada! ¡No! ¡Mentira  
 Ni está aislado, ni está solo;  
 allí está con sus memorias  
 y con sus recuerdos todos.  
 Allí están sus alegrías  
 y sus tristezas, sus odios,  
 sus afecciones... ¡Un mundo  
 con él en su calabozo!  
 —Padres, hermanos. — Exclama.  
 ¡Cuántas veces os ví en torno  
 de una mesa, en mis natales!  
 Y yo en medio de vosotros!  
 ¡Cuánta luz, cuánta alegría  
 en aquel semblante hermoso,  
 madre del alma, el primero  
 que ví cuando abrí los ojos!

Juan Farriz sintió en su pecho  
 un dolor fiero, espantoso:

en el insondable abismo  
 de la conciencia, muy hondo,  
 creyó contemplar la imagen  
 de su madre.. Sintió el soplo  
 de su aliento... Y oyó el eco  
 de su voz, y luego el sordo  
 gemido de sus dolores,  
 entre el murmullo monótono  
 de sus rezos, y el tristísimo  
 estertor de sus sollozos.  
 Juan Farriz sintió en su cráneo  
 algo terrible, monstruoso,  
 como tempestad airada,  
 como rugidos del notó,  
 como el chocar de las olas  
 en los peñascos del ponto,  
 y brotar quiso á torrentes  
 el llanto, y rebelde y sórdido  
 volvió á estancarse su llanto  
 del corazón en el fondo.  
 Llanto que es sangre del alma  
 que arroja el alma, copioso,  
 cuando la pena la ahoga  
 de la desdicha en el colmo.

Juan Farriz miró en seguida  
 de su jergon en contorno,

girar pálidos, horribles,  
 con fieros semblantes torvos,  
 á los que hirió con su mano  
 en un encuentro alevoso,  
 ó en la guerra, ó como bueno  
 y frente á frente y sin dolo.  
 ¡Cuánta sangre! ¡Cuánto grito  
 de miseria y de abandono! . . .  
 ¡Hijos sin padre...! ¡Sin hijos  
 tantos padres cariñosos!  
 Y Estrella, allí estaba Estrella,  
 vírgen de cabellos blondos,  
 de negra ardiente pupila,  
 y semblante melancólico;  
 la que sufrió de sus padres  
 por Juan Farriz el encono;  
 la que en el hogar querido  
 por Farriz lo dejó todo,  
 las rosas de sus arriates,  
 y sus pájaros canoros,  
 y la pequeña alcancía  
 de sus modestos ahorros;  
 y al viejo mastin que estaba  
 mirándola siempre absorto,  
 entre el lecho y el altar  
 de su blanco dormitorio;  
 Estrella que sin amparo  
 cayó desde el cielo al lodo  
 del infame abandonada  
 en el fangal del oprobio;  
 Estrella . . . Y despues de Estrella,  
 Juan Farriz contempló atónito

el flaco espectro de un niño,  
 que es su trasunto, que es otro  
 Juan Farriz, su imagen viva,  
 que hacia él convierte lloroso  
 el demacrado semblante  
 donde nunca dejó un ósculo . . .  
 Y . . . «Padre»—Le gritó el niño.—  
 Me muerdo, padre, me ahogo,  
 me falta el pan y no tengo  
 ni amor, ni besos, ni apoyo . . .  
 Padre . . . ¡Dónde está mi madre?  
 No escondas, padre, los ojos,  
 mírame: ¡el hambre y el frio  
 van á matarme muy pronto!  
 No huyas padre . . . Espera, espera.»  
 Saltó junto al lecho tosco,  
 y apoyándose en los muros  
 de aquel recinto espantoso,  
 acosado por el niño  
 sin parar un punto solo,  
 le daba vueltas y vueltas  
 de su prision al contorno.  
 Tornaron á su memoria  
 sus crímenes y sus odios;  
 tras el niño aparecieron  
 los espectros espantosos  
 de otras victimas . . . De nuevo  
 oyó sus risas . . . Sus roncós  
 gemidos, y maldiciones  
 y juramentos y votos,  
 y al fin lo mismo que cae  
 en los breñales de un soto

acosado por la jauría  
sin fuerzas y herido un lobo,  
Farriz, convulso y lanzando  
un gemido estertoroso,  
cayó sobre las baldosas  
frías de su calabozo . . . .

## II

De la prision á la entrada  
llega un hombre; los cerrojos  
descorre, y entra y le dice:  
—Farriz . . . Muere de alborozo,  
Farriz despierta . . . Tus padres  
y Estrella y tu hijo, y todos  
están allí . . . Todos viven:  
ya estás libre . . . ¿Te haces sordo?—  
Juan Farriz no contestaba,  
abrió sus párpados rojos  
y fijó en el carcelero  
las miradas de un beodo.  
—Contempla abierta tu cárcel,  
y la luz y el cielo hermoso,  
Juan Farriz ¿Por qué te callas?  
Por qué miras de este modo?

Juan Farriz ¿eres el mismo?  
¡Por Dios que te desconozco!—  
Juan Farriz no respondía . . .  
¡Juan Farriz, estaba loco!